

# HARO TEGLEN

## CRISIS MUNDIAL, CRISIS MORAL

El asesinato de Los Angeles, la llamada revolución de Francia, se han llevado con su justo sensacionalismo los grandes espacios de la prensa y la televisión, han ahogado otras informaciones tenidas por menores. En Alemania Federal, Kiesinger y Willy Brandt —la coalición de la democracia cristiana y de la social democracia— han conseguido hacer votar las «leyes de excepción» que pueden dar poderes dictatoriales a un gobierno en un caso de urgencia —urgencia que él mismo definirá—; incluso la de llamar al Ejército en su ayuda. En Yugoslavia los estudiantes han desafiado al poder y han colocado en la fachada de la Universidad una banderola pidiendo «Socialismo, democracia y libertad». En Italia el partido socialista se ha separado del grupo gubernamental, de la democracia cristiana, después de seis años de difícil coalición, y se ha provocado la primera crisis gubernamental tras las recientes elecciones, mientras en las calles prosigue la intranquilidad.

Todo este grupo de acontecimientos está estrechamente relacionado. Es una crisis mundial. Una crisis política y moral. Los adversarios de la idea democrática obtienen de estos hechos la idea de que la democracia es imposible y produce el caos. Para ello parten del supuesto de que en los países amenazados existe una democracia ya. No están mal asentados puesto que partidos y regímenes se reclaman continuamente de este término, moderándolo o calificándolo con un matiz: democracia popular, democracia cristiana, democracia social... Sin embargo, ninguno de ellos consigue hoy representar una democracia real, sino un sistema. Los diversos movimientos de rebeldía, que a veces amalgaman provisionalmente gentes que son enemigas entre sí, no representan una amenaza para la democracia, sino para el sistema; por el contrario, lo que buscan es nuevas formas de democracia. Rotura de un sistema, invento de otros. Igual en Checoslovaquia o en Yugoslavia que en Francia o en Alemania Federal.

La idea de democracia, desde que saltó al vocabulario hace así como tres mil años en Grecia, está continuamente en busca de definición. La más corriente es la adoptada por los Estados Unidos en sus palabras institucionales, directamente inspiradas por Atenas, cuando los Estados Unidos soñaban con ser la Atenas moderna frente a una caricatura de Esparta que residía en la Gran Bretaña: «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Esta fórmula, que hoy nadie repudia, necesita un sistema para desarrollarse. La dificultad consiste en encerrar una idea abstracta en un sistema. Los sistemas tienden a fijarse, a inmovilizarse, a crearse organismos de defensa, a sostenerse en el tiempo. En parte porque cuando se establecen se consideran como lo mejor dentro de lo posible, y difícilmente admiten su deterioración; en parte porque son fruto de los hombres que los manejan, estos hombres se constituyen en clase dominante y se resisten por todos los medios a abandonar sus privilegios. Estas dos partes que califican el sistema son antidemocráticas, aunque se defina tal sistema como democracia. La idea abstracta de democracia se adapta a la noción histórica de progreso: es decir, debe ser cambiante, como ideal, según cambian las condiciones en que se desenvuelve. Las variaciones demográficas en más o en menos, la automatización del trabajo, la acumulación de la riqueza que tiende a concentrarse, la expansión de la cultura y de información, son, entre otros muchos, hechos que modifican la constitución de la sociedad en un sentido de progreso; la persecución del ideal abstracto democrático debe adaptarse a esas condiciones de cambio que

a su vez modifican la idea abstracta de libertad. Cuando los estudiantes de París reclamaban «¡La imaginación, al poder!», estaban enunciando con una fórmula casi mágica esa noción de que la democracia no se puede encerrar en un sistema fijo, sino en una organización variable, eternamente móvil.

Kiesinger y Willy Brandt se encierran en el sistema y lo defienden con leyes de excepción. El problema está, más que en las leyes de excepción, en el acuerdo forzoso entre los dos partidos enemigos, y ahora siameses, en un esbozo de dictadura: no dejan opción, no dejan salida, no dejan posibilidad de oposición legal. De Gaulle, al plantear la opción «O yo, o el caos» (un diputado le ha respondido: «Ahora tenemos a él y al caos juntos») y acudir a los tanques como garantía del sistema, ha procedido también a un reforzamiento; al plantear el caso como un problema de comunismo o anticomunismo, ha retrocedido en varios años en lugar de avanzar.

De todo este grupo de acontecimientos el, digamos, «más listo» ha sido el del partido socialista italiano: se ha zafado del sistema. El olfato político italiano es tradicional. El PSU, que reagrupa los dos partidos socialistas disidentes desde hace dieciocho años y unidos a fines de 1967, ha sufrido en su carne electoral, durante las últimas elecciones, las consecuencias de haberse integrado en el sistema; cuando sus correligionarios alemanes federales se meten en el ceno de la coalición, cuando sus correligionarios laboristas ingleses, gobernando solos, defienden los principios socialistas y conservadores porque están encerrados en el sistema, en el terrible sistema que predomina por encima de las doctrinas de partido y de la noción de democracia, los socialistas italianos huyen y se independizan. Que gobiernen otros, que sean otros los que se encierren en la situación sin salida, los que se enfrenten con la crisis de la calle. Sacrifican unos ministerios, unos poderes importantes. Es decir: sueltan el lastre. Esta actitud no será productiva para ellos si no revisan a fondo su política general. Antes que ellos lo hicieron sus fraternales enemigos, los comunistas, con Togliatti y Alicata, y ello les valió desprenderse a tiempo de la degeneración de otros partidos comunistas occidentales y del Este; han ganado votos y no han sido abucheados por los estudiantes, como les ha pasado a los comunistas franceses.

Guy Mollet, el viejo dirigente del partido socialista francés (de quien se dice: «Si eres amigo de Guy Mollet, ya no necesitas tener enemigos»), ha elegido precisamente este momento para pedir a sus aliados de la izquierda que se inclinen «hacia el centro», es decir, hacia el sistema; ciertamente, inclinarse hacia la izquierda, hacia el partido comunista francés, sería inclinarse hacia otro sistema que ha quedado malparado en los movimientos de mayo, hasta el punto de que está procediendo con cierta urgencia a una revisión de sus principios. Una de las razones por las que se retuvo la llamada francesa fue, más que los tanques de Massu o el verbo de De Gaulle y sus rápidas concesiones, la rapidez con que los otros sistemas, los de Mitterrand, Mendès-France y Guy Mollet, los de Waldeck Rochet y Georges Seguy, intentaron digerirlo. No era eso, no era eso.

Todos estos movimientos políticos de urgencia pretenden enfrentarse con la crisis que se extiende desde Estados Unidos, que se incendia en otro grupo de acontecimientos —Oriente Medio, Vietnam, Biafra— y no se detiene en las fronteras comunistas. Este tipo de crisis moral que se plantea es probablemente la primera que conoce la Historia del mundo.